

en Asturias, y bastante aburrido, tanto, que para distraerme en algo me dediqué a escribir versos, y cómo sería mi aburrimiento que queriendo cantar al río Nalón le profanaba diciendo (entre otras estrofas):

Oculto en su amoroso—y transparente velo—la niña delicada—de mi placer carnal... habiendo Campeador cantado á sus orillas lirras tan preciosas como esta:

Corred por las campañas, fáciles ondas, derramando albos, y al pie de las montañas seguid entre espaldas trocando en perlas las brillantes flores!

Pues, bien: en esta disposición de ánimo me sucedió de la tristeza, de la apatía, del aplanchamiento mi amigo Emilio, que vive en mi casa y venía del teatro del Pasaje, contándome una cosa estupenda y cuya conversación entre los dos voy á relatar:

—¡Hola! ¿Qué haces tan solo, tan aburrido?

—Pues, ya ves, nada; me dedicaba á fabricar versos por no saber en qué ocuparme.

—Si hubieras venido conmigo al teatro te habieras distraído algo, como yo, que he estado hablando con la tiple, *trándome* con ella... es una buena *hebra*...

—A cualquier cosa llaman chocolate las pstronas.

—Pues ¿qué vas á hacer en estas tristes noches en que Oriedo parece un estanque una laguna, y la gente se encierra en sus casas, no hay bailes ni reuniones, aunque sean familiares? No queda más recurso que ese teatro.

—Ca, hombre; prefiero quedarme en casa; leo algo, escribo un poco, fumo un cigarro; ó voy al casino, tomo café, charlo con mis amigos ó juego al billar; pero ir á ese teatro, no, aun conservo algo de buen gusto.

—Pues te dejaré con la manía de siempre... y á propósito, ya que estabas escribiendo; entre tú y yo hemos de hacer una cosa que tengo hace una infinidad de tiempo metida en la cabeza.

—Veamos.

—Escribir un drama sobre el tema...

—¡Já, já! Dramas, ¿eh?

—No te rías, no; verás... Es un asunto muy especial...

—Perdona: supongo lo habrás escrito al *Revista de Madrid*, como han hecho otros autores.

—Déjate de bromas y atiende: es una cosa rara, extraordinaria... Yo quisiera pintar en el papel, tal como lo concibo en la mente, un remordimiento... te lo explicaré mejor; te diré el argumento del drama; escuchame atento:

—Soy todo oídos, como dijo no sé quién.

—Una joven pobre, huérfana de padre, es la protagonista; su madre está casi imposibilitada debido á los muchos disgustos que ha tenido en su azarosa vida; la muchacha tendrá diez y siete años ó algo más, y ha de trabajar para fuera, ganándose el sustento de su madre y de ella... Un calavera, un dandy, un chico de casa rica, pero un granuja de marca mayor, la requiere de amores, sin saber que también la pretende otro chico trabajador como ella, muy bueno, muy formal, muy decente y muy laborioso; mas ella quiere al calavera y no al otro su igual, pero no le quiere porque sea de mejor familia que ella, sino porque realmente se ha enamorado de él y no cree que pueda ser felices ni verjanas las pausas y promesas que se tanto amor y cariño tan fogoso le pinta el dandy; y al otro, su igual, como se conocieron desde niños y vivieron casi juntos, le considera un hermano... Entre paréntesis: ¿tienes un pitillo? Esto no es del drama.

—Sí, hombre; pero por no tener cerillas no he podido fumar durante todo lo que va de noche... Sigamos con el drama, que me va pareciendo algo romántico, digo romántico.

—Pues sigo diciendo que, efectivamente, ella se enamoró del dandy tan perdidamente que un día... ya suponédras.

—Sí, el eterno sacrificio en todo un drama; la vil deshonra de una joven por un galán seductor... lo de siempre... el inmortal Don Juan... Sigue.

—El, como cosa corriente en los hombres de mundo, la abandonó...

—¿Qué cruel abandono, ah!...

—Hombre, si así ha ocurrido siempre en el mundo; y todo hombre que se cree *hombre de mundo*, hace eso, *cañalar* apasionadamente durante algún tiempo á una joven, poseela luego y abandonarla cuanto antes, después de conseguido el fin propuesto.

—Eso ya sé que se hace en la ínicua sociedad á que pertenecemos para nuestra deshonra y por nuestra desgracia... pero, sigue; veremos en qué para tu drama romántico.

—Pues bien; él se marchó á la ciudad desde la aldea inmediata donde ellas vivían... Carmen, que así se llamaba la joven, sin más amparo que su madre imposibilitada, ¿qué iba á hacer? Sufrir su deshonra, horar su mala hora, sostener con resignación las increpaciones y burlas de las demás vecinas del lugar... Su casa, si antes estaba acompañada de una melancólica alegría, ahora, abandonada, separada de las demás de la aldea, se hallaba sumida en profunda tristeza; no se oían más que las dolientes quejas de la anciana madre y los amargos lamentos de la infeliz joven... que sentía ya en su seno el efecto del baldío y la ignominia, el fruto de su deshonra... y sin embargo, aun sentía cariño para el infame...

—Ah, ah!... Aquí telón lento, ¿eh?

—Si continúas burlándote hemos acabado... te lo cuento seriamente.

—Sigue, chico, y perdona; ya soy todo seriedad, como dijo otro...

—El dandy, aunque parezca raro, había sentido ó sentía cariño hacia Carmen, y bastantes veces pensaba en ella, no con composición ni lástima, sino con amor, hasta tal punto que alguna tarde se acercaba á casa de ella como queriendo hablarla para reanudar sus amores, ó acaso pretendiendo lavar la mancha de la joven...

—Con jabón Curicura ó de los Principes del Congo bastaba, y no tanto remiño.

—Mira, Martínez, ó te callas y me dejas hablar, ó vamos á reñir como sigas con tus burlas...

—Antes que reñir prefiero ser mudo algún tiempo; sigue...

—Pues sigo; él, ya digo, estaba algo enamorado de ella, y alguna vez martilleaba en su pensamiento la vil acción que había cometido con Carmen. Una tarde acertó á pasar por delante de su casa (de la joven), hallándose ésta sentada á la puerta, cosiendo, é hizo (el dandy) además de postrarse á sus pies y declararle su cariño; más de pronto se acordó de su gran vida, del gran mundo, de las mujeres, de los amigos, del vino, del juego, del baile, del casino, de sus vicios, y lanzando una potente y burlesca carcajada, marchóse de allí riéndose de ella y de sí mismo... ¿Qué tal este pasaje?

—¡Magnífico!... Otro telón, pero rápido...

—Si yo pudiera pintarlo como lo concibo; si yo pudiera describir, presentar en el teatro, esta acción, esta carcajada como ahora la veo en mi pensamiento retratada, créeme, no querría ya más... los aplausos estruendosísimos se oírían desde cinco leguas lejos.

—¿No estará por aquí el tío Pao?

—No te exagero, chico; no puedes imaginarlo, es una cosa especial... yo no sé cómo explicártelo...

—Ya supongo... sigue; pues aun no he visto el remordimiento.

—Verás... En el último acto mi protagonista, es decir, el dandy, se encuentra una noche en la playa, á la luz de

la pálida luna, sentado en una roca, y las olas del mar llegan á veces á salpicarle; por arte de magia ó por arte de no sé qué, nuestro dandy piensa en el amor que, á pesar de todo, lo ha infundido en su alma la chica que deshonró; se desencadena una fuerte tempestad, y con la tempestad de los elementos y la que en su alma también se desencadena, pasa por su mente la razón del daño que ha cometido á la infeliz joven y quiere repararlo. Dios le ilumina, la conciencia le grita; diríjese entonces con fuerte voluntad, con el corazón firme y el alma amante, á casa de ella. A tiempo que entra, ve á su amada junto al lecho de la anciana madre que está agonizando... cuadro triste, desolador... se echa á los pies de Carmen, le pide perdón, le dice que quiere reparar su crimen, que no desea muera la anciana sin verlos casados; ella, al ver que efectivamente está arrepentido, consiente, y allí, ante el pobre lecho, el sacerdote que prestaba á la moribunda los auxilios espirituales, bendice la unión de los jóvenes á tiempo que la vida se va extinguiendo en la anciana madre... ¿eh, qué tal?

—¡Muy bien, magnífico, superior, excelente, hermosísimo!... ¡Ah! ¿Y aquel joven laborioso, formal, honrado etcétera, que quería á Carmen al mismo tiempo que el dandy?...

—Ah, sí Eze, cuando vió la deshonra de la chica, la dejó de pretender; tú calcula si esto no era lo menos que podía hacer.

—Pero, ¿cómo no la defiende? ¿Cómo no sale á desfacerle de agravios? ¿No tiene nada de romántico, como los demás personajes, ese?

—No; ese no es de gran importancia en el drama... á ese le echaríamos de escena de cualquier modo...

—Y ¡viva la Pepa! ¿Eh?

—Bien; pero, dime: ¿qué te parece el drama? ¿Te gusta la idea? ¿Tendríamos éxito?

—¡Mucho, sí, hombre, ya lo creo; un exitazo enorme! Un éxito que asombraría, de esos éxitos que marcan un punto en la historia... Hasta ahora no creo que á ningún autor le hayan llevado á presidio en la noche del estreno; pero podría darse el caso...

—Hombre, no es para tanto... Pero, dí; ¿te gusta ó no?

—¿Qué me ha de gustar! Una cosa tan antítesis, tan traída, llevada y manoseada... ¡Ah, caramba! Una cosa buena debía tener tu drama...

—¿Qué es?

—Que me ha inspirado un artículo para el periódico, pues hace tiempo que no escribo... ni falta que hace.

—¿Cómo un artículo?

—Ya lo verás, Dios mediante y el amable director de DON QUIJOTE DE LA MANCHA; y vámonos á dormir, pues también me ha infundido sueño... ¿Sabes que tu drama va resultando, que produce efectos?... Artículo, sueño...

—Tú riote, que ya te lo diré yo de misas algún día, ya verás.

—¡Cuánto me alegraría!... Y es hora de dormir; vámonos á nuestras camas á descansar. *Bona sera*, que es más romántico que «buenas noches», ¿eh?

—Adiós, mio caro.

Y me acosté y dormí, pero con sueño intranquilo toda la noche, dándome vueltas por la imaginación el romántico drama de mi amigo, y dejando relegado al olvido el naturalismo que en mis versos retrataba cuando me visitó y que en una pesadilla rompí inconscientemente, pues los había dejado encima de la mesa de noche...

NICOLÁS MARTÍNEZ SANJÓN.

POESÍAS (1)

DESEOS

Por estrechar tus pequeñas manos, Tus pequeñas manos de azucena

(1) De un libro inédito.

Entre las mías, todos los tesoros del universo diera.

Por llevarlas después junto á mi pecho Sobre mi corazón, para que vieras Como por tí palpita, renunciara A una imperial diadema.

Por rodar tu cinturita breve, Tu cinturita breve y hechicera Con mis amantes brazos, renunciara A mis brillantes sueños de poeta.

Por acercar mis labios á tu frente Purísima, una vez, ¡una siquiera!, Sin dudar un instante yo daría... Mi vida entera.

A UNA MORENA

Niña que apenas diez y seis abrieses Tienes y bella como tú no hay otra: Solo un instante de mi humilde lira Oye las notas.

Decirte quiero que tu negro ojos Son bellos soles, que á mi alma toda Han abrasado, con sus rayos vívidos, Como de aurora.

Quiero decirte, que es nivea tu frente Lo mismo que de estatua mármorea: Que tus cenefas, caseada de bruñido Ebano forman.

Que es tu pequeña boca de granada Búcaro donde esencias miles brotan; Y una voz aún más dulces que los sonos De una arpa Eólica.

Que te rindo ferviente idolatría, Con pasión sin igual, honda, muy honda; Que eclipsa á las pasiones celeberrimas Que hay en la Historia.

Para no importunarte más, termino Con mis sentidas, aunque malas coplas; Esperando las mires tus pupilas Una vez sóla.

EMILIO BERNABEU.

D. Manuel Fernández y Gómez

Víctima de traidora enfermedad ha fallecido en Miguelurra el señor D. Manuel Fernández y Gómez, Alcalde presidente del Ayuntamiento de aquella villa.

Licenciado en Medicina y Cirujía, no ejercía su profesión, de la que para nada necesitaba materialmente en su desahogada posición social.

Modelo de esposos, de padres y de amigos, su muerte deja entre todos un vacío inmenso.

Afiliado en política á la agrupación conservadora, era entusiasta partidario de las ideas sustentadas por aquella, y altamente apreciado del Excmo. Sr. Conde de la Cañada, jefe de la misma en esta provincia.

Dotado de claro entendimiento y de muy buen criterio, abordaba las cuestiones y las resolvía en el momento de serle planteadas, y con el don de gentes que poseía se captaba las simpatías de cuantas personas le trababan, consiguiendo en muchas ocasiones con su carácter afable y cariñoso aunar voluntades y suavizar rozamientos entre sus amigos.

Circunstancias personales son éstas que no á todos es dado poseer en igual grado, y ellas han de dificultar la elección de la persona llamada á sustituirle en el cargo que desempeñaba.

Con motivo de su entierro el pueblo de Miguelurra ha dado evidente muestra del aprecio en que tenía los merecimientos del finado, acordándose por el Ayuntamiento colocar colgaduras enlutadas en los balcones de la casa consistorial, y que la banda municipal asistiera al mismo.

El sepelio se verificó el día 30 de Diciembre último, siguiendo al de su fallecimiento, concurriendo á él inmenso gentío, compuesto de todas las clases sociales, á pesar de lo desapacible del tiempo.

Fué conducido el cadáver en brazos de sirvientes de la familia desde la casa mortuoria á la iglesia parroquial, en la que se cantó un solemne oficio de difuntos, acompañado de los acordes del órgano.

En el campo fúnebre se hallaban colocadas siete magníficas coronas, delicadas como recuerdo de su esposa, del Ayuntamiento, de sus sobrinos, del Casino, de los empleados de la corporación municipal, de los de consumo y de sus amigos.

Las cintas de la caja eran llevadas por los facultativos Sres. Reja, Clemente y Sánchez Vizcaino, y los Sres. Soriano en representación de la familia, Roldán y Valero en la del municipio como concejales.

El duelo lo presidían el Excmo. Sr. Conde de la Cañada con el Sr. D. Daniel Casti